

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

«BARCELONA 4 DE OCTUBRE DE 1886»

NUM. 249

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*Bienaventurados los que lloran*, por don T. Nieva.—*El brujo de Alcornocal* (conclusión), por don Juan Tomás Salvany.—*La piedra filosofal*, por don J. Rodríguez Mourelo.

GRABADOS.—*La muerte de la abuela*, cuadro de Carlos Becker.—*Un veterano de Flandes*, dibujo de Leopoldo Roca.—*La lucha*, cuadro de F. Defregger.—*Castillos en el aire*, dibujo de M. Stone.—*Después del trabajo*, cuadro de Otón Günther.—*El regreso de los trabajadores*, cuadro de M. Edelfelt.—*Arco de la puerta del centro y detalle del trascoro de la catedral de León*, copias de una fotografía de Laurent.—*La ocasión hace al ladrón*, grupo en barro cocido.—*Suplemento Artístico: Regreso de la fiesta de Piedigrotta*, cuadro de E. Dalbono.

NUESTROS GRABADOS

LA MUERTE DE LA ABUELA, cuadro de Carlos Becker

El y ella se casaron, tuvieron hijos, trabajaron siempre; casóse el hijo ó hija, y el nuevo matrimonio no paró hasta ser dueño de la reducida hacienda de sus padres. Los viejos, cansados de trabajar, de luchar y de tener que pagar el censo que la finca debe al señor de cuyo dominio forma parte, la contribución que exige el recaudador del gobierno, la que se ha de satisfacer á la parroquia, al municipio y á la escuela, hicieron donación al heredero ó heredera casados, reservándose una mísera casucha ó una cuadra en la misma casa y un huertecito para su propia manutención. El anciano pasó el primero á mejor vida; ahora le ha seguido al otro mundo, sin siquiera

recibir en sus últimos momentos los consuelos de la religión, la que fué su compañera en esta vida. Cuando el hijo, la nuera ó algún nietecito observen que la puerta del chiribitil de los abuelos continúa cerrada, la abrirán y verán que ha muerto también la vieja, y podrán disponer del chiribitil y del huerto minúsculo que bien ó mal ella cultivaba.

Carlos Becker nació en Berlín en 1820. En 1843 hizo un viaje á París y á Italia donde pasó tres años; y en 1853 se trasladó á Venecia donde aprendió á ser pintor, es decir, algo más que dibujante. A él se debe el cultivo del colorido moderno, y los asuntos de sus cuadros son de un género más elevado que el hasta entonces puesto en práctica por los artistas de Berlín.

UN VETERANO DE FLANDES, dibujo de L. Roca

Cada nuevo dibujo que publicamos de nuestro joven y distinguido compatriota es una prueba de sus crecientes aptitudes para el difícil arte á que se ha consagrado con el entusiasmo de un verdadero artista; es evidente muestra de que se dedica incansable al estudio, recogiendo de él frutos más y más lisonjeros.

El veterano que hoy reproducimos no es mero engendro de la fantasía del señor Roca; antes al contrario, ese tipo debió ser positivamente el de aquellos indomables soldados cuya mejor apología consistía en estas palabras: «He peleado en Flandes» es el tipo del hombre avezado á las luchas en extrañas tierras, del guerrero para quien «el descanso es pelear» y que lleva impreso en su fisonomía la experiencia de la guerra y el desprecio de la vida.

Creemos que nuestros favorecedores unirán su aplauso al que sinceramente tributamos al señor Roca.

LA LUCHA, cuadro de Franz Defregger

El autor de este cuadro puede envanecerse de dos méritos á cual

más digno de encomio: el de ocupar hoy un puesto preeminente entre los artistas alemanes como profesor de la Academia de Munich, y el de haber llegado á ocuparlo, nuevo Giotto, desde la humilde condición de pastor y labriego. Nacido en el Tirol austriaco, é hijo de un humilde campesino, desde muy niño se reveló en él una marcada afición á las bellas artes, que le indujo á abandonar sus rudas tareas para consagrarse por entero á la pintura. A fuerza de constancia, de estudio y de privaciones, logró perfeccionarse en este arte y que sus obras fueran premiadas en diferentes concursos. Estas representan por lo general escenas de su país natal, y una de ellas es la que reproducimos en nuestro grabado y que se distingue por la vida y movimiento que en él campea, por la naturalidad de todas las figuras, en especial las de los dos luchadores, perfectos tipos de los robustos montañeses del Tirol, y por el ambiente de localidad que parece reinar en todo el cuadro.

CASTILLOS EN EL AIRE, dibujo de M. Stone

Apostaríamos doble contra sencillo á que la mayoría de las muchachas que contemplan el bonito dibujo del artista inglés dirán para sus adentros que éste las ha sorprendido en uno de esos momentos en que casi todas, por no decir la generalidad, se abstraen sin darse cuenta de ello, forjando las doradas ilusiones de los verdes años, haciendo lo que suele llamarse *castillos en el aire*. ¡Es tan natural y sobre todo tan grato en la edad juvenil trazarse un porvenir risueño y en el que se vean realizadas las más halagüeñas aspiraciones! El dibujo de Stone no puede ser un trabajo hecho de memoria, sino un verdadero retrato; de otra suerte no habría podido hacer que traslucieran á las bonitas facciones de esa doncella los pensamientos que la ocupan, no habría podido lograr que se adivinara desde luego que su mente vaga por los espacios donde se fabrican ilusiones á cuenta de ulteriores y amargas decepciones.



LA MUERTE DE LA ABUELA, cuadro de Carlos Becker

DESPUÉS DEL TRABAJO, cuadro de O. Gunther

Terminadas las diarias faenas y después de reparar las fuerzas con una modesta cuanto bien ganada cena, se han reunido esos cinco amigos, el más joven de los cuales debe contar sesenta inviernos, en el patio del modesto hogar de uno de ellos, para tomar el fresco y entretenerse en sabrosas pláticas.

Los tipos de las cinco figuras, tan variados como naturales, demuestran que el autor ha trazado en su artística carrera más de una cabeza de estudio, pues no de otro modo se comprenden esa variedad y esa naturalidad, al mismo tiempo que ese acierto en la ejecución de la difícil fisonomía de un anciano. Y bien sea por oportuno contraste, ó por querer dar una prueba de que ha estudiado el ser humano en sus comienzos á la vez que en sus postrimerías, el pintor ha intercalado en su lienzo una sexta figura, la de un *bebé* que parece un tierno capullo rodeado de flores marchitas, y cuyo terso y moftetudo rostro forma ingeniosa oposición á los arrugados semblantes de los cinco interlocutores.

Otón Gunther nació en Halle el año 1838; á los veinte años pasó á Dusseldorf para estudiar allí tres años la pintura. Trasladóse después á Weimar donde murió en 1884 á la edad de 46 años. Ha sido uno de los pocos pintores alemanes de género que buscan los asuntos de sus cuadros en la esfera y época que conocen bien, huyendo así de incurrir en puerilidades é impropiedades, y de caer en una ridícula vulgaridad.

EL REGRESO DE LOS TRABAJADORES, cuadro de M. Edelfelt

El autor de este cuadro, renombrado artista finlandés, ha representado en él un bonito grupo de mujeres y niños, esperando á orillas del agua el regreso de los ausentes, y sirviendo de fondo á tan sencilla escena uno de los poéticos paisajes de Finlandia. La naturalidad de las actitudes y de las fisonomías de esas criaturas, que aguardan con deseo, aunque sin impaciencia, el momento de recompensar con sus tiernas caricias los rudos afanes á que durante el día se han consagrado sus padres para proporcionarles el necesario sustento; los suaves tonos de los colores bajo un cielo pálido como el de todos los países del extremo Norte; la calma del agua y de la atmósfera, todo produce en el espectador grata impresión. Es la naturaleza en su verdad y no en su grosero realismo, cualidad digna de encomio en el artista, y que demuestra en él un talento, una aptitud tan llenos de sinceridad y de encanto en la elección de los asuntos como en su ejecución. No es de extrañar por esto que haya sido tan celebrado en el *Salón* de París del año actual.

LA CATEDRAL DE LEÓN

arco de la puerta del centro y detalle del trascoro

Entre los monumentos artísticos de Europa que conservan con mayor pureza los rasgos característicos de la arquitectura ojival, figura en lugar preferente la esbelta catedral de León, tesoro de la fe cristiana de la Edad media. Sin ostentar la profusión de adornos que otros templos extranjeros de parecido estilo arquitectónico, y aun careciendo de las colosales dimensiones que distinguen á varias catedrales famosas, ofrece ancho campo de estudio y de meditación, tanto á la escrutadora mirada del artista, como á la contemplación del filósofo ó del arqueólogo.

Su mérito se resume en dos palabras: sencillez y atrevimiento. Causan en efecto sorpresa y admiración aquellas sutilísimas columnas que parecen perderse en las alturas y que están destinadas á sostener el enorme peso de la gran nave; aquellos sencillos lienzos de mampostería, que en apariencia son incapaces de resistir el más ligero golpe; aquel considerable número de estribos y arbotantes que mantienen el equilibrio maravilloso de tan delicada fábrica.

La traza y desarrollo de tan bella catedral son obra del obispo Manrique de Lara, que vivió hacia la segunda mitad del siglo xii. Cerca de 400 años tardó en terminarse por completo este monumento del arte cristiano, en cuyo prolongado período dirigieron la obra varios arquitectos. Por esta razón se advierten en ella reminiscencias de las épocas por que atravesó su construcción, desde el primitivo arte ojival hasta el gótico flameante de los siglos xiv y xv y el Renacimiento del xvi.

A este último pertenece sin duda el detalle del trascoro de la catedral, que representa uno de nuestros grabados. Entre estriadas columnas corintias de basas recargadas de adornos y bajo un arco rebajado están reproducidas en alto relieve dos escenas del Nuevo Testamento, la Natividad de Jesucristo y la adoración de los Reyes Magos: un tarjetón que hay debajo de la primera contiene estas palabras del v. 19, cap. 8 de los *Proverbios*: *Melior est fructus meus, auro et lapide pretioso* (Es mejor mi fruto que el oro y las piedras preciosas). En el tarjetón del segundo grupo escultórico se leen estas palabras del v. 1, cap. 14 de Isaías: *Proph est ut veniat tempus ejus* (Cercano está ya su tiempo). Esta parte del trascoro, que contrasta con la sobriedad de otras partes del templo, llama desde luego la atención por este mismo contraste, así como por la acabada ejecución de sus prolijos adornos.

El arco de la puerta del centro, muy parecido al de otros pórticos de catedrales españolas y adornado con profusión de figuras, es también un modelo en su género, y á fuer de tal una de las partes del monumento en que más suele fijar su atención el artista.

La inminente ruina que amenazaba este soberbio edificio ha hecho necesaria su reconstrucción, más bien que su reparación, y há ya tiempo que se procede, aunque lentamente, á ella, siguiendo con este objeto el plan del inteligente cuanto malogrado arquitecto don Juan de Madrazo.

LA OCASIÓN HACE AL LADRÓN, grupo en barro cocido

La escena pasa en el monte. En su solitario ámbito se han encontrado un pastor y una aldeana: joven él y á fuer de tal partidario del bello sexo; garrida y nada esquiva ella, han entablado amorosa plática que, sin saber cómo, ha ido inflamando el corazón del apasionado zagal. Que éste no peca de tímido lo demuestra el que, aprovechando el aislamiento que lo rodea, trata de probar de un modo sobrado expresivo á su interlocutora, la sinceridad de sus sentimientos. A bien que no está lejos la aldea y en ella el señor cura que sabrá absolver al culpable de este pecadillo, si al cometerlo le ha guiado una intención recta.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

REGRESO DE LA FIESTA DE PIEDIGROTTA, cuadro de E. Dalbono

Todos los años se canta en Nápoles una canción popular nueva, hecha por concurso de los campesinos y elegida por aclamación en la fiesta de Piedigrotta, que se celebra en honor de la Virgen venerada en el santuario subterráneo del túnel de Posilipo. Tan luego como una de las canciones que forman parte de tan original certamen ha merecido el sufragio unánime de la concurrencia, todos los romeros la entonan y la difunden por la ciudad y por la provincia.

El cuadro de Dalbono representa el regreso de la fiesta de Piedigrotta, y á los expedicionarios entonando la nueva canción cuyos alegres sonos se difunden por el golfo.

La Nápoles de los napolitanos del pueblo está toda en este cuadro, con su afán de divertirse, su deseo de bromas, su pasión por la música; con sus bellas *popolane*; con la fosforescencia de la luz diurna propia de aquel ameno puerto, con la transparencia del golfo, las ilusiones del espejismo, la magia del cielo y de la tierra, y sobre todo con la magia de su pintor por excelencia, de Dalbono.

BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN

POR DON T. NIEVA

Las lágrimas que se lloran nunca fueron tan amargas como aquellas que se quedan escondidas en el alma...

Aun no he podido olvidar esta copla que oí una noche al pasar por delante de uno de esos cafés que en Madrid hacen, con su *cante* flamenco, las delicias de sus parroquianos.

En aquella copla, que me había sorprendido cuando iba pensando no sé en qué, tal vez en una mujer que venía á ser una pasión más en la lista de otras ya olvidadas pasiones de un día, cuando más de una semana, en aquella copla, repito, había encontrado yo algo dolorosamente punzante y misteriosamente poético.

Aquel sentimiento me absorbió, se apoderó de mí y me lanzó en el café.

Me encontré en un sitio inverosímil en uno de los barrios más céntricos y más aristocráticos de una capital civilizada.

Hubiera estado en su lugar en la plazuela de la Cebada, en el Lavapiés, en las Américas Viejas ó en Maravillas.

Había allí un jaleo infernal.

A la vinosa voz del *cantaor*, á la cascarreña, desentonada, chillona, indefinible, de la *cantaora* se unía el estruendo de un zapateado montruoso, más bien de un pataleo, loco, ebrio, si se nos permite la frase, aumentado por el estallar de las palmas, por el ruido monótono de las varas cayendo sobre las mesas, por el retintín de las cucharillas al chocar acompasadamente contra los vasos.

A esto se unían, no embargante el canto, las conversaciones á voces, las palabras imposibles que ningún diccionario contiene, las interjecciones, cuya energía iba más allá de todas las potencias, las frases, cuya crudeza no había oídos que resistiesen.

Y todo esto viniendo de mujeres casi niñas, de jóvenes, ya prematuramente envejecidas, de fisonomías sordidas y degradadas, de ojos inflamados de no sé qué cinismo agresivo, irritante, repugnante; ellos y ellas, sedimentos infectos del fango social, salvajes de la civilización, espuma del torrente que se lanza ciego por lechos desconocidos.

Y acá y allá, como excepciones, algunas bellezas típicas, frescas, candentes, incitantes: algunos ojos, que hubiesen sido divinos sin su desvergüenza; algunas bellezas de primer orden, anegadas en todas las crápulas y, sin embargo, inmarchitas, lucientes, magníficas, como por un privilegio inviolable de la naturaleza y á pesar de todo; y los peinados bizarros al sesgo, con los flequillos, con los cerquillos, con los rizitos, con las patillitas, con los caprichos; la peineta baja de marfil ó de coral de imitación, los pasadores dorados, las arracadas y los broquelillos de diamante, siquiera falso, en orejas de un delicioso dibujo, en gargantas mórbidas, torneadas, succulentas, de un dulce moreno, ó de un nacarado sensual; cintitas negras, azules ó rojas, con un medalloncito, ó una cruz sobre el seno; el pañuelo de seda de colores vivos de la cabeza, arrollado; el pañoloncito de talle alfombrado, ó bordado de Manila; las manos tal vez un tanto deformadas, pero siempre pequeñas y graciosas, cuajadas de sortijas, no importa si de oro ó de *doublé*, con pedrería fina, ó con vidrio semejante á la pedrería; la frente, severa y pura, á pesar de los pesares, sobre los grandes ojos, chispeantes siempre, dulces, á veces burlones, epigramáticos, con un *esprit* admirable, de mirada potente, incitadora del amor, ó de la cólera, lucientes, francos, audaces, sin género alguno de pudor, ni de temor; en una palabra, la chula en toda la extensión de la idea, la guarnecedora, la marchanta, la cigarrera, la revendedora, la hembra de rompe y rasga, de golpe y zumbido, *la hija de Madrid*, lo incomparable entre lo incomparable, lo poderoso entre lo tremendo, con la gracia de las andaluzas y la sangre del diablo.

Y alternando con estas beldades enérgicas, punzantes, embriagadoras y dislocantes, con estas hembras que sólo Madrid produce por privilegio especial, tunantes de planta baja, maestros de cuantas industrias se encuentran justificadas en los artículos del Código penal; valientes de ocasión, héroes del *madrugá*, prestidigitadores á perderse de vista, rufianes sin *lacha*; filósofos sin estudio, sentenciosos sin aliño, entierros sin canto llano, de mirada presuntuosa y brutal, provocadora, sordida, sesgada, patibularia, en que aparecen en crudo todas las ferocidades de un amor propio salvaje: los huídos, los estafadores, los brazos con que se trabaja en la superficie social, vomitados por un antro misterioso; una especie de corte de los milagros, infinitamente más terrible que las que se conocían con este título en las grandes ciudades de la Edad media y que tan bizarramente, aunque de una manera incompleta, ha pintado Víctor Hugo en *Nuestra Señora de París*.

Solamente con entrar allí se sentía el contagio. Olía allí á vino hervido, á sangre coagulada, á materia pútrida.

Era el aire denso é infecto como en los calabozos. Las luces de gas se aislaban, se manchaban, por decirlo así, en una neblina impura de un gris violado, cargado con el hálito de tantos seres candentes y de tantos cigarrillos cáusticos.

(Continuará)

EL BRUJO DE ALCORNOCAL

(Conclusión)

— ¡Quiá, hombre, quiá! Allí no hay más que orgullo, mira tú, orgullo, vicio y pamplina. Aquí al menos todos somos iguales.

— Al mismo D. Ramón, que es todo un gran señor hecho y derecho, no se le hace cuesta arriba el codearse con nosotros: ¿Visteis la otra tarde, en el banquete del palacio, qué decidor y campechano?

— Miralo, allí está con su señora y con el médico; no se da de menos de venir al entoldado, como si fuera un cavador.

— ¿Y doña Rosario? ¡Qué guapa!

— Calla, hombre, si parece un serafín, un ramo de cezas y jazmines.

— ¿No baila?

— Cómo no hay quien la saque...

— Si yo me atreviera...

— ¡Y decíais que era brujo D. Ramón!

— Quita, bruto, quita; ¡qué ha de ser brujo!... Nosotros sí que somos... Mira, Pepa, no bailes tan encima, que me has despachurado el dedo gordo.

— ¡Cállate y no rebuznes, animal!

— Gracias, chica, por la patá...

— La culpa nos la tenemos nosotros, que estamos aquí hechos unos postes, mientras todos bailan.

— Hablas como un libro. ¡A bailar, á bailar!

— ¡Viva la Pepa!

— ¡Y San Cosme y San Damián!

— ¡Vivan!

En un decir Jesús el grupo se disolvió, y cuantos lo componían fueron á confundirse entre el barullo y la algazara general. El baile parecía haber llegado á su apogeo; la orquesta tocaba á paso de carga, como excitando á los bailarines; las parejas giraban en revueltos torbellinos, levantando nubes de polvo á través de la mal clavada alfombra y un verdadero huracán con sus ropas ondulantes.

De repente sonó un estrépito horroroso, seguido de gritos de espanto, de carreras indecisas y de gemidos lastimeros. La orquesta se detuvo bruscamente, no pocas campesinas cayeron desmayadas, y los que ni gritaron ni corrieron, unos á otros se miraron atónitos. La indescriptible confusión no tardó en descubrir que acababa de hundirse la tribuna de los músicos, viniendo éstos al suelo, revueltos y maltratados, con sus rotos instrumentos. Todos se precipitaron hacia el lugar donde había sonado el estrépito y sonaban todavía los quejidos. Una vez deshecho aquel revoltijo de hombres y maderos, pudieron apreciarse en toda su extensión los horrores de la catástrofe. Los instrumentos yacían sobre la alfombra, aquí y allá, hendidos, aplastados ó desvendados. Al violón, amén de otros desperfectos, le faltaban dos clavijas, una de las cuales, al saltar, había ido á chocar contra una luna ovalada, haciendo pedazos el cristal, y de rechazo sobre la cabeza de un bailarín, descalabrándolo; el oboe, al tiempo de caer juntamente con su dueño, le había destrozado dos dientes con la lengua; el arco de un violín, al desprenderse con violencia de la mano que lo sostenía, había saltado el ojo derecho del artista vecino. En cuanto á los demás músicos, dos ó tres resultaron milagrosamente ilesos, algunos molidos y los restantes, quién descalabrado, quién fracturado, quién derrengado, todos salieron con heridas ó contusiones más ó menos graves.

Los lamentos no cesaban y el espectáculo que ofrecía el salón era tan doloroso como animado. D. Ramón, el alcalde, el señor cura y toda la plana mayor de Alcornocal se desvivían por auxiliar á los heridos; multitud de mujeres desmayadas eran socorridas por sus novios ó parientes; unos iban y venían, aturridos, en todas direcciones; otros, formando corrillos, comentaban el hecho, ilustrando sus comentarios con fogosas miradas y enérgicas gesticulaciones; muchos, esparcidos por el salón, refulguaban entre dientes, se mesaban el pelo ó las barbas y levantaban los puños al cielo como amenazando á San Cosme y San Damián que á tal trance, según ellos, los traieran. Entre estos últimos Blas, volviendo á su tema:

— Eso no puede ser sino cosa del brujo, — mascullaba para sí.

Isidro y Cosme, descompuesto el ademán, salidos los ojos de sus órbitas, recorrían los corrillos, diciendo en voz baja:

— ¡Por Dios, silencio, que no lo sepan los de Peñalta!

Era inútil tanto celo: los de Peñalta estaban allí, acababan de entrar en número de sesenta, feroces y disciplinados, lanzando gritos salvajes, llevando, ellos sí, el diablo en el cuerpo y sendos garrotes en la mano.

— ¡Mueran los de Alcornocal! ¡A ellos! ¡A bajo el entoldado! ¡Mueran! — iban gritando al tiempo de entrar en el salón y recorriéndolo de arriba á abajo, formados en hileras de treinta cada una.

Y uniendo la acción á la palabra, por dondequiera que pasaban esgrimiendo sus garrotes, no quedaba un espejo, ni un cuadro, ni un lienzo, ni una cabeza, que no estuviesen rotos, aplastados, hendidos, descalabrados.

Los alcornocales, afectados aún por la catástrofe de la tribuna, distraídos en comentarla y en auxiliar á los heridos, ni salían de su aturdimiento, ni acertaban á defenderse de los insultos y los golpes que encima de ellos como granizo menudeaban.

— Ni aun por arte de brujería, ¿os dejaréis insultar y apalear de esa manera? — gritó Blas con voz de trueno.

— ¡No, no, ni al diablo en persona le consentimos una ofensa!



UN VETERANO DE FLANDES, dibujo de Leopoldo Roca

- ¡A mí los de Alcornocal!
- ¡A mí los de Peñalta!

A estos últimos gritos lanzados por Blas y otro tornido mocetón, sucedió la confusión más espantosa. Sonaron algunos tiros, disparados no se supo por quien. Las mujeres, semejantes á gallinas perseguidas, huyeron exhalando chillidos penetrantes. Algunos hombres, como el maestro de escuela, el boticario y el albéitar, las imitaron, diciendo el primero que, pudiendo allí ser muerto, no era cosa de dejar sin instrucción á los párvulos de Alcornocal para que en el día de mañana hicieran otra barbaridad por el estilo; el segundo que se volvía á su farmacia á preparar medicinas, y el último que iba en busca de los útiles indispensables para herrar á tantos animales, que bien merecido lo tenían.

Ni las exhortaciones evangélicas del padre cura, ni las intimaciones del alcalde, ni la pacífica intervención del médico y del señor de Soto, lograron desvanecer la tempestad ni salvar el entoldado. De este último no quedó más que el armazón sobre un campo sembrado de despojos entre los cuales reñían á su vez Cabrera y Riego, Espartero y Montemolín. En cuanto á la tempestad, no

quedó sosegada hasta después de media hora de batalla, en que derrotados al fin los de Peñalta, huyeron por aquellos vericuetos, perseguidos á tiros y pedradas á la escasa luz de los tizones encendidos que, al pasar por la calle Mayor, unos y otros arrebataron de los hachones.

Los heridos de uno y otro bando, junto con los músicos víctimas de la catástrofe primera, fueron instalados y atendidos en un hospital de campaña, improvisado al efecto.

- Ya lo decía yo que el diablo andaba suelto y no podía ocurrirnos cosa buena, - refunfuñaba Blas, mientras el médico y el boticario le curaban una terrible deslomadura.

Al cabo de una hora Alcornocal quedó tranquilo; solo el silbido estridente de la locomotora y la carcajada desdenosa de un tren, al atravesar el puente sobre el río, interrumpieron el silencio de la noche.

La victoria, no obstante, había costado cara á los alcornocales. Aparte de los muchos labriegos heridos de más ó menos gravedad, el infeliz señor de Soto, víctima de su celo conciliador, yacía moribundo en el palacio, sufriendo en el pecho los mortíferos efectos de una bala perdida, procedente de una de las pocas pistolas que se dispararon.

Rosario, - preciso es hacerle justicia, - sentada á su cabecera, le cuidaba con solicitud filial.

- No te canses, esto es hecho, - balbucía D. Ramón; - me había dado una corazonada y por eso fuimos á Peñalta.

Apenas hubo proferido estas palabras, cual si se sintiera presa de un remordimiento, manifestó deseos vehementes de escribir. Trajéronle recado y la pluma se le cayó de la mano sin trazar un renglón. Entonces, con la escasa energía que su estado le dejaba, hizo señas á su esposa.

- Sí, ya entiendo, - dijo ésta, - la manda del médico, el testamento... Descuida, se cumplirá en todas sus partes.

El infeliz, queriendo replicar, se retorció en el lecho, y aquel esfuerzo supremo le hizo desplomarse para siempre.

¡Arcanos inescrutables de Dios! Aquel hombre de bien murió como un condenado, y no pudiendo decirse de él que moría en olor de santidad, no faltó quien sospechase si había muerto en olor de brujería.

X

Era el primer aniversario del fallecimiento de D. Ramón, ó del brujo, como todavía le llamaban algunos. Viva aun la memoria del día que cubriera de luto á Alcornocal, sus vecinos, salvo el culto religioso debido á sus patronos, no habían celebrado aquel año la fiesta de San Cosme y San Damián.

A las diez de la mañana toda la plana mayor del pueblo, incluso el señor cura y los vecinos más caracterizados, se hallaban reunidos en el salón del palacio, esperando al notario de Peñalta para subir al desván y dar exacto cumplimiento á la voluntad del difunto. El resto de la población, impulsada de una curiosidad irresistible, ya formaba corrillos en la plaza, ya invadía impaciente el portal y la escalera del palacio, sin atreverse á subir á reunirse con aquellos señores. Rosario, que acompañada de un viejo pariente había llegado la víspera, vestida de riguroso luto, entraba y salía del salón, dando disposiciones y tratando en vano de ocultar la agitación que la dominaba. Con el testamento de D. Ramón se había encontrado un codicilo concebido en estos términos:

«Es mi última voluntad que mi esposa doña Rosario Ortega del Soto ponga al médico de Alcornocal, D. Benito Portela, en posesión de todos los objetos contenidos

Este breve y extraño codicilo, anejo al testamento, traía sumamente preocupada á Rosario y con ella á muchos de los que debían asistir al acto, sin que ni la una ni los otros osaran comunicarse sus temores.

Cuando el notario de Peñalta, D. Dimas Lobezno, provisto de la llave del desván, se presentó en la plaza de Alcornocal, la multitud, herida aún por los tristes acontecimientos del año anterior, quiso tomar en él fiera venganza. Necesario fué para impedirlo manifestar enérgicamente á los alcornocales que D. Dimas, venido á cumplir un sagrado deber en el ejercicio de sus funciones, no sólo no había tomado parte en aquellos dolorosos acontecimientos, dignos de toda su censura, sino que ni aun era nacido en la villa de Peñalta, donde las contingencias de su carrera, unidas á la lucha por la existencia, le ponían en el caso de procurarse su sustento, regentando aquella notaría.

Sosegados los ánimos con esta declaración, D. Dimas, acompañado de dos escribientes dispuestos á levantar acta del suceso próximo á verificarse, pudo subir al salón donde, graves y enlutados, le esperaban cuantos debían asistir á una solemnidad tan desusada.

- ¿Estamos? - preguntó el notario después de los saludos y presentaciones de rúbrica.



CASTILLOS EN EL AIRE, dibujo de M. Stone

- Cuando Vds. gusten, - contestó Rosario, temblorosa y pensativa.

Y tomando el brazo de D. Dimas, comenzó á subir hacia el desván, seguida del médico, del alcalde y demás concurrentes al acto.

Al mismo tiempo hubo entre el pueblo agolpado á la puerta y la escalera del palacio un estremecimiento de pánico y de curiosidad indescriptible.

Toda la parte trasera del segundo piso la ocupaban varios desvanes ó graneros numerados, comunicándose entre sí, con grandes ventanas á la orilla del barranco. El designado con el número 2 era el más espacioso y dábale acceso una ancha puerta abierta al extremo de un pasillo. Al llegar enfrente de esta puerta, todos se detuvieron embargados de una emoción desconocida.

- Cállese V., señora, - dijo D. Dimas, notando el temblor convulsivo de Rosario.

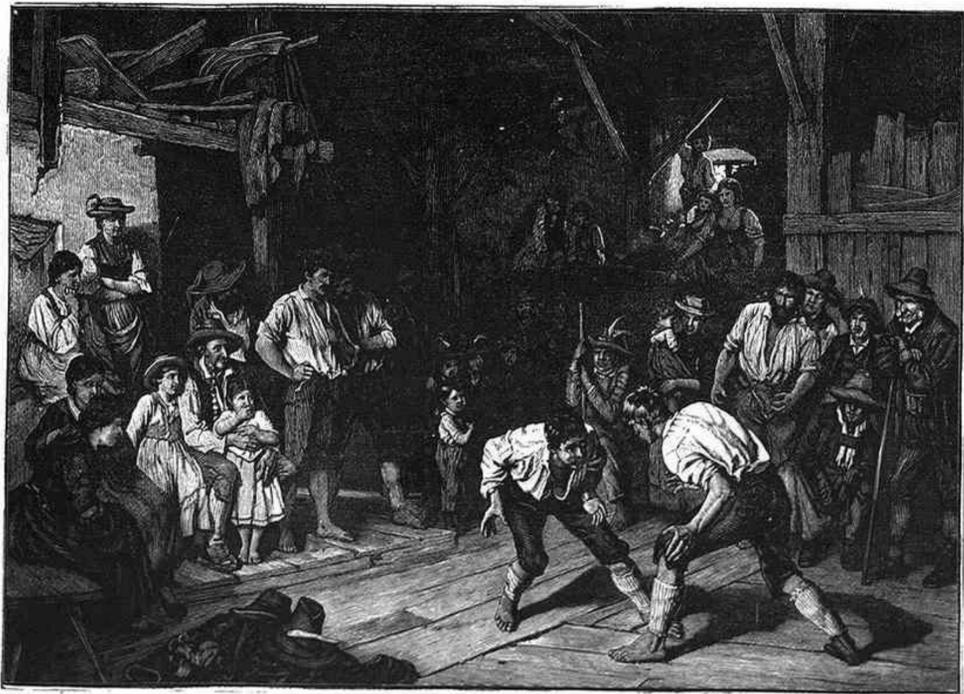
En seguida, con la frialdad propia de los hombres de su profesión, sacó la llave, metiéndola en la cerradura y le dió dos vueltas á la derecha. La puerta giró sobre sus goznes, rechinando como un demonio atormentado.

Rosario primero dió un paso atrás; luego, armándose de todo su valor, siguió resueltamente al notario, que ya había entrado en el desván. El médico se quedó á la puerta y los demás permanecieron en el pasillo, no atreviéndose á avanzar.

- Pasen Vds., señores, aquí no hay nada extraordinario, - dijo D. Dimas desde dentro.

En un momento el desván se llenó de espectadores, pues á los concurrentes obligados al acto se agregaron los curiosos más audaces que, no pudiendo contenerse, habían subido tras ellos. Rosario cayó más bien que se sentó sobre una desvencijada silla.

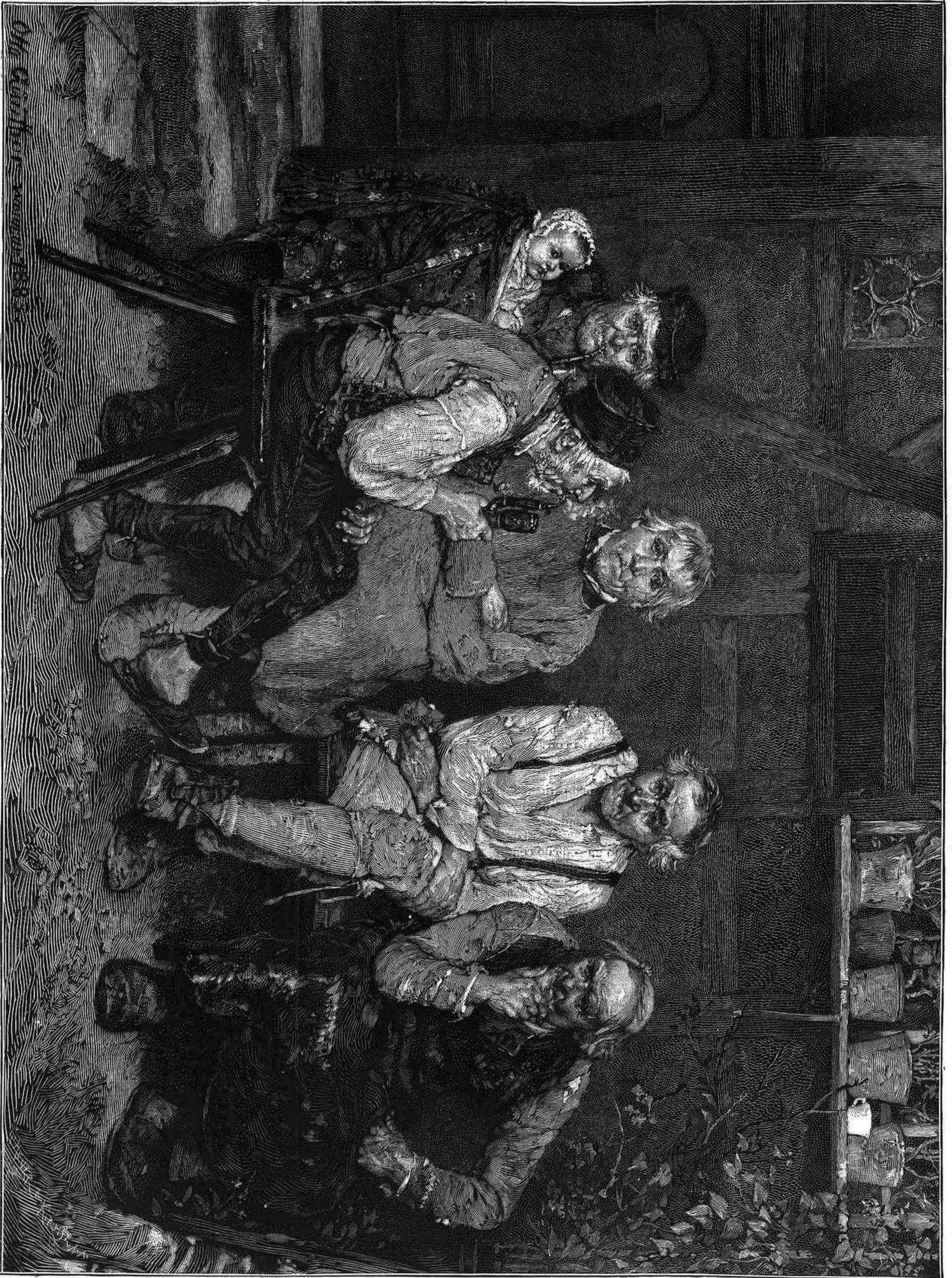
En efecto, como había dicho muy bien D. Dimas, el desván no contenía nada al parecer extraordinario. Las empolvadas vigas del techo estaban llenas de agujeros y telarañas. Convenientemente dispuestos, ya arrimados ó pendientes de las paredes, ya contenidos en frascos y redomas, ó encerrados en escaparates, ó sobre una tosca mesa corrida que rodeaba gran parte de la estancia, veíanse multitud de animales disecados ó puestos en alcohol, fósiles, minerales y monedas antiguas, difíciles de clasificar; en un rincón había un herbario, en otro un



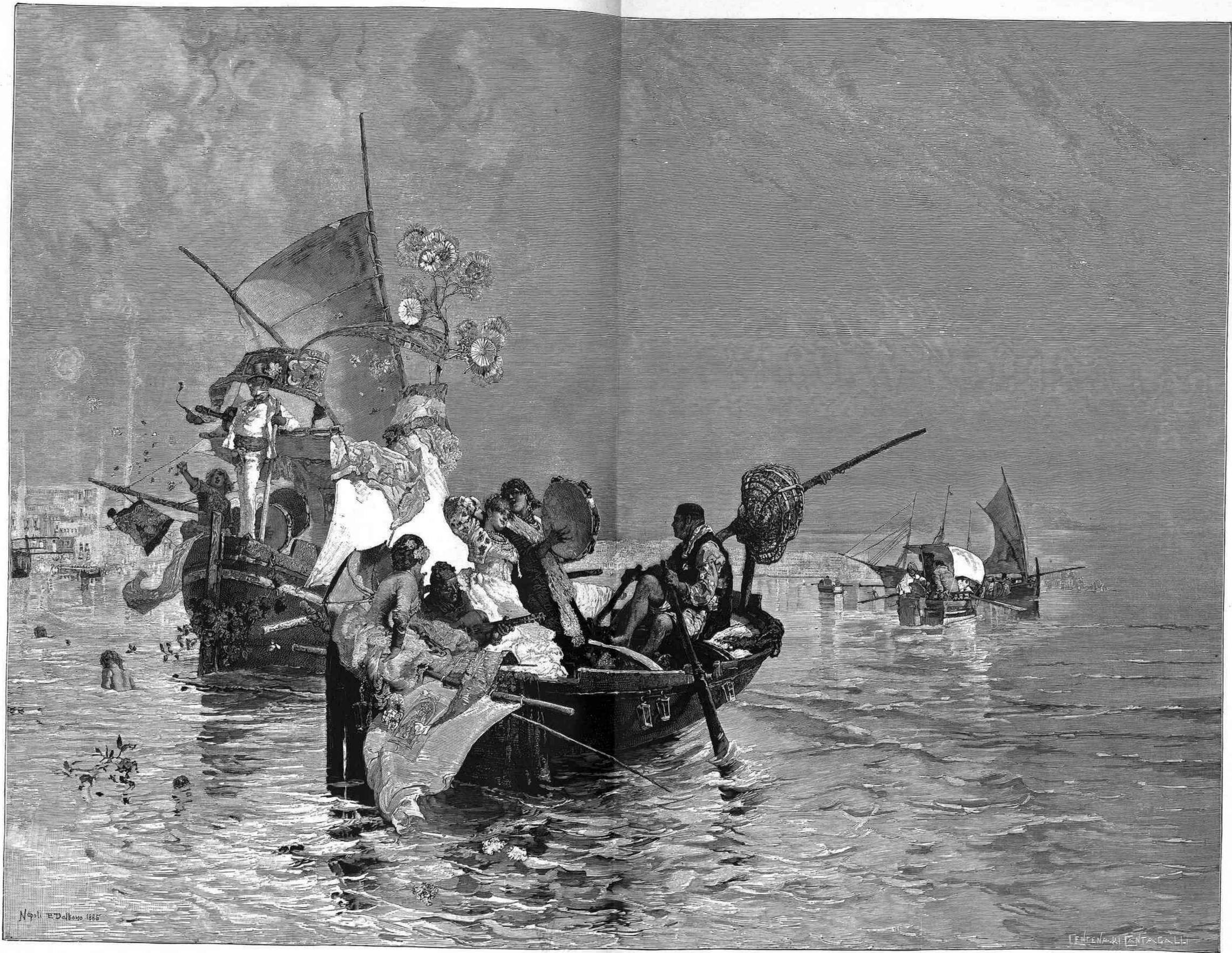
LA LUCHA, cuadro de Franz Defregger

en el desván núm. 2, en la forma, día y hora ya expresados, no sin antes hacer funcionar mi dicha esposa, con su propia mano, el aparato que verá sobre una mesa en

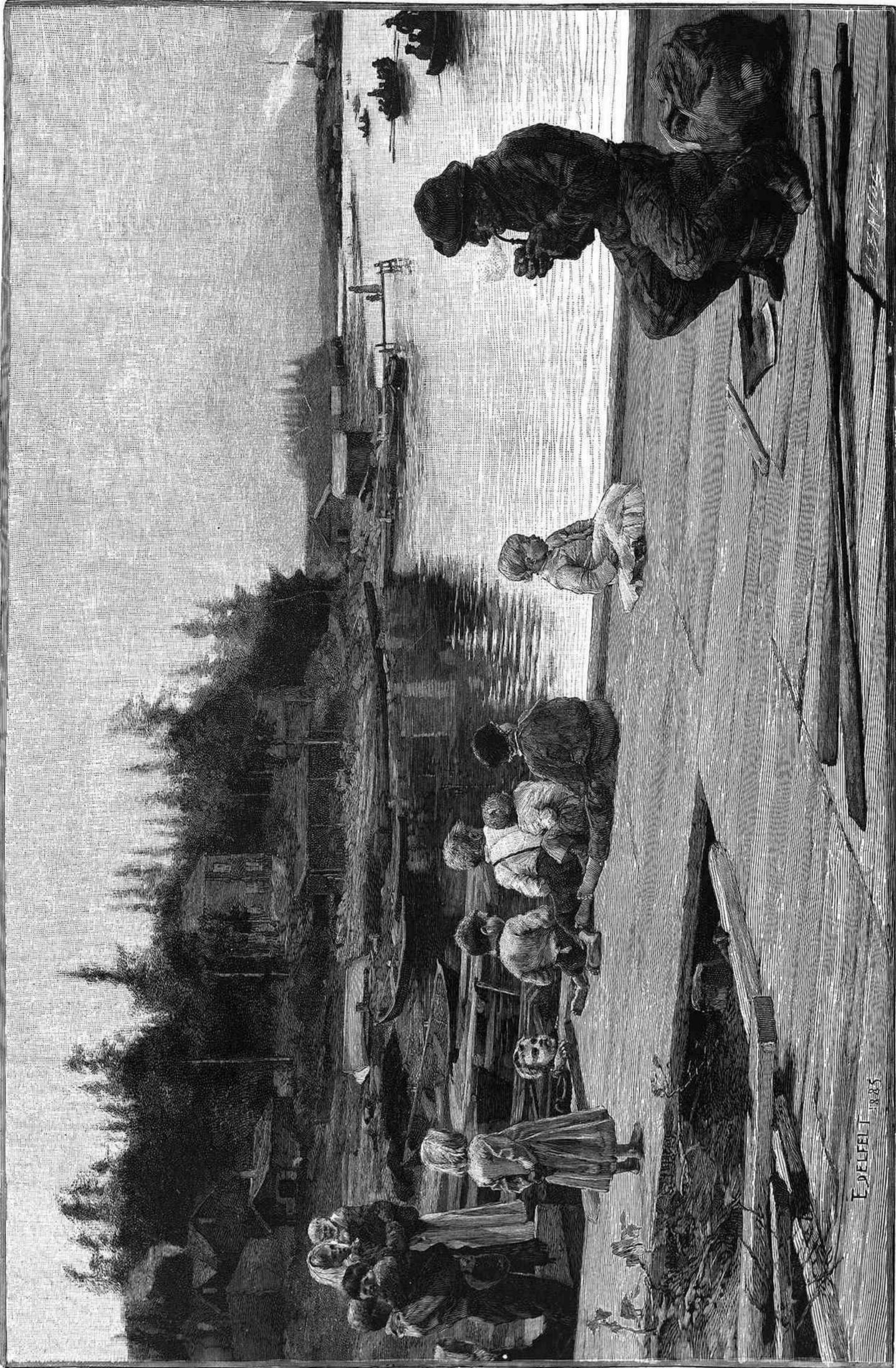
el último rincón de la derecha. La misma disposición del aparato, sencilla en extremo, revelará el uso que de éste debe hacerse.»



DESPUÉS DEL TRABAJO, cuadro de Otón Gunther

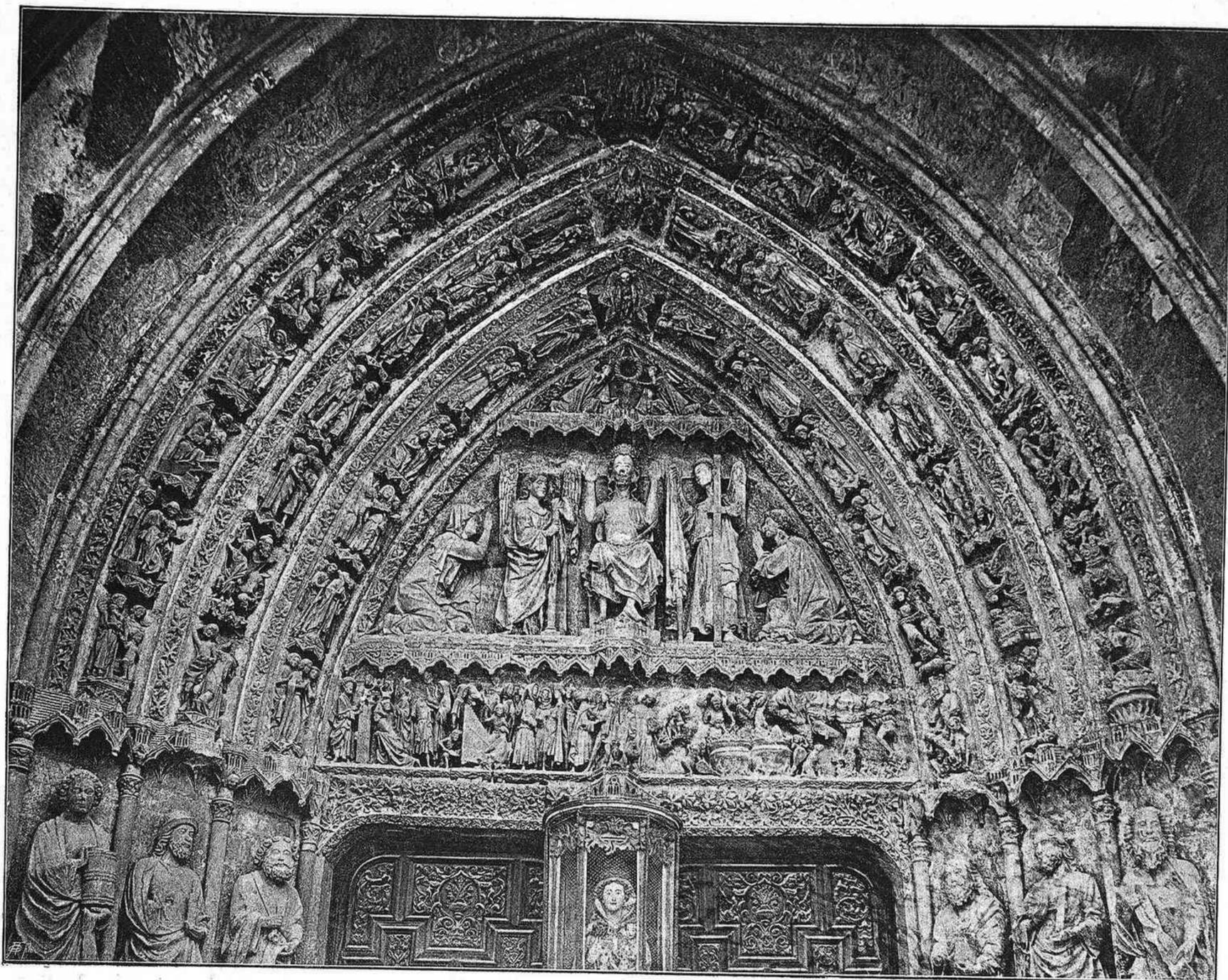


REGRESO DE LA FIESTA DE PIEDIGROTTA, CUADRO DE E. DALBONO



EL REGRESO DE LOS TRABAJADORES (FINLANDIA), cuadro de M. Baude (Premiado con mención honorífica en el último Salón de París)

MONUMENTOS ARQUITECTÓNICOS DE ESPAÑA



ARCO DE LA PUERTA DEL CENTRO DE LA CATEDRAL DE LEÓN, copia de una fotografía de Laurent

caldero con una escoba dentro, arrimado á la pared un esqueleto y junto á él, clavado en la misma, un enorme murciélago con las alas desplegadas; esparcidos aquí y allá, un crisol, un soplete y varios útiles. En el último rincón, entrando á mano derecha, entre un tabique y la ventana, veáse una mesa pequeña y sólida, sobre esta mesa descansaba un aparato cuya sencilla disposición, si bien no tenía nada de temerosa, era desconocida á los ojos de cuantos lo examinaban: consistía en un cilindro de bronce sostenido por dos sustentáculos afirmados en una pequeña plataforma ó plancha metálica; el cilindro, horizontalmente colocado, tenía en el extremo posterior un manubrio y en el extremo opuesto, estribando en otro sustentáculo, una boquilla, metálica también.

Todos los ojos, ávidos de curiosidad, se clavaron en este aparato. Rosario, atontada, lo examinaba todo con extrañeza. El señor cura, previendo algo satánico, corrió en busca de su acólito.

— ¿Qué será esto? — preguntó el alcalde.

— Indudablemente el aparato de que nos habla el codicilo, — respondió el notario. — Vamos á ver, señora, tenga V. la bondad; hay que cumplimentar en todas sus partes la voluntad del difunto, — añadió dirigiéndose á Rosario.

— Pero... si yo no sé...

— La misma disposición del aparato, — prosiguió D. Dimas consultando el codicilo, — ha de enterarnos de su uso. Vamos á ver, aquí tiene un manubrio; claro está que los manubrios sirven para darles vueltas; á ver, señora, pruebe V.

Rosario, temblando como la hoja en el árbol, se acercó y puso su mano en el mango del manubrio. Cuantos se hallaban enfrente del aparato retrocedieron al otro lado del desván, temiendo ver salir de la boquilla algo terrible.

El notario continuó:

— Valor, señora, eso no será nada; alguna caricia póstuma de su señor esposo.

Y no se equivocaba. Apenas la viuda, con nerviosa mano y deseando concluir, hizo girar rápidamente el diabólico manubrio, sonó un ruido extraño, el mismo que antes oyeran Blas y sus amigos, y la máquina, como un monstruo ebrio de cólera, por tres veces consecutivas espució al rostro de la dama esta palabra:

— ¡Adúltera, adúltera, adúltera!

Los circustantes, incluso el mismo notario, quedaron helados de estupor. La viuda soltó el manubrio, y pálida como un cadáver, miró á todos con ojos extraviados.

— ¡Es la voz de mi marido! — balbució cayendo desplomada sobre el pavimento.

— ¡Imposible! — profirió el notario, rehaciéndose el primero.

Y frenético, nervioso, se abalanzó á dar vueltas al aparato.

— ¡Adúltera, adúltera! — siguió gritando la máquina.

El alcalde, temiendo que el miedo fuese en menoscabo de su autoridad, y el médico por gratitud al testador, armados de un esfuerzo heroico, con idéntico resultado intentaron la misma prueba.

— ¡Adúltera! — repitió siempre la máquina.

De los demás espectadores ya no quedaba uno en el desván. Al oír hablar aquel tubo de bronce, al distinguir clara y vibrante la voz de D. Ramón, difunto hacía un año, en revuelta confusión, atropellándose unos á otros, se habían precipitado hacia el pasillo y del pasillo á la escalera hasta la plaza, gritando como poseídos:

— ¡El brujo, el brujo!

— ¿Dónde? — preguntaban los de abajo.

— No ha muerto, está arriba con el diablo, escondidos los dos en un cañón.

— ¿Y qué hacen?

— Primero insultar á la señora, después nos insultarán, si no nos llevan, á todos.

— ¿No os lo dije? — exclamó Blas, — brujo y muy brujo era D. Ramón, y no ha muerto, y el diablo le acompaña. El diablo no puede morir, nosotros le matamos y ha resucitado.

La confusión y el alboroto subieron de punto. Todos estaban seguros de la presencia del espíritu maligno: quién le había visto los cuernos, quién el rabo, quién los ojos, quién olía á azufre á gran distancia.

— Matémosle otra vez, — se atrevió á decir uno.

— Sí, á ellos, mueran.

— ¡Peguemos fuego al palacio!

— ¡Que ardan en un infierno!

— Esperad, esperad, ahí viene el señor cura.

— ¡Paso, paso, él nos librará del espíritu!

El cura, acompañado de su acólito llevando el caldero y el hisopo, comenzó á subir la escalera con la serenidad

de quien conoce el flaco del enemigo. Todos se precipitaron tras ellos.

En tanto el notario, el médico y el alcalde habían tenido la suficiente presencia de ánimo para llevarse en brazos á Rosario, que continuaba desmayada y á la cual estaban auxiliando en el principal.

Ya en el desván, rodeado de cuantos pudieron seguirle dominados del miedo y la curiosidad, el cura braceaba y sudaba como un gañán, agotando sus conjuros y descargando sobre el aparato rociadas de agua bendita. Cuando, presintiendo su victoria, se arrojó á dar vueltas al manubrio.

— ¡Adúltera, adúltera! — repitió la máquina, con infernal impavidez.

El pobre sacerdote, que hasta entonces no oyera ni conociera la voz de D. Ramón cual si éste se hallara presente, sobrecogido de un supersticioso terror, pronuncióse en resuelta retirada, y con él cuantos le rodeaban, no sin abandonar al enemigo por despojos el caldero y el hisopo.

El alcalde al fin calmó el tumulto, cada vez mayor, mandando cerrar el desván y guardándose la llave, so pretexto de que el diablo andaba en Cantillana y que ya vería él de libertar á Alcornocal de su influencia.

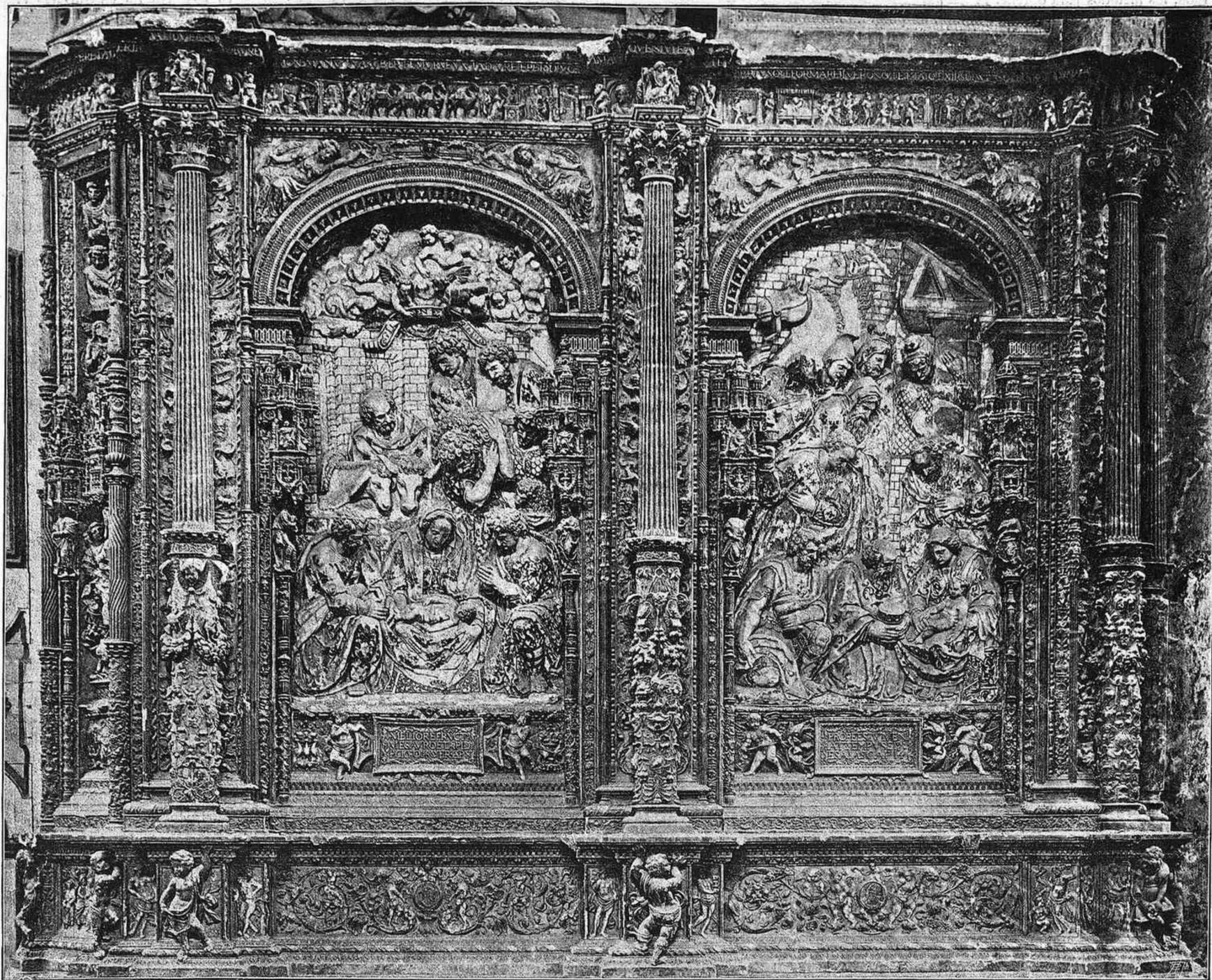
Rosario, más muerta que viva, regresó á Madrid al otro día, acompañada del médico, que no quiso abandonarla á su dolor, deseoso, además, de buscar en la corte quien le explicase aquel misterio.

El palacio quedó cerrado y desierto, sin que ningún labriego osara aproximarse á él, ni aun para quemarlo.

Antes de terminar el año, unos ingenieros fueron allí á hacer los estudios de un ferrocarril que, atravesando la provincia, debía empalmar con el que recorría aquellos campos. Entonces el médico entró en pacífica posesión de su legado, entonces supieron todos que el diablo de Alcornocal era un fonógrafo, recientísima invención de mister Thomas Alba Edison, de los Estados Unidos, y el primer ejemplar traído á España por D. Ramón del Soto, quien, semejante á un niño con un juguete, no se cansara de admirarlo.

En cuanto á la honra de Rosario, no sufrió gran detrimento, ya porque asombrados todos del prodigio, ninguno paró mientes en lo que decía el aparato, ya porque el

MONUMENTOS ARQUITECTÓNICOS DE ESPAÑA



DETALLE DEL TRASCORO DE LA CATEDRAL DE LEÓN, copia de una fotografía de Laurent

gomoso, cuando se enteró de lo ocurrido, hizo el sacrificio de ir á Alcornocal, á decir á aquellos palurdos que entre sus mil conquistas, la de Rosario era la única que no había conseguido realizar, y á mayor abundamiento, se casó con ella para atrapar, según decían malas lenguas, los millones del difunto brujo.

JUAN TOMÁS SALVANY

LA PIEDRA FILOSOFAL

Paréceme cosa bastante ignorada, aun por muchos de aquellos que debieran fijarse en lo que constituye la base de nuestro actual saber, el significado y trascendencia de esta palabra. Tienen algunos la piedra filosofal por la mayor quimera de los hombres en épocas ya remotas y otros la consideran empeño vano de los codiciosos alquimistas, más solícitos en buscar oro, para satisfacer sus ansias de riqueza, que diligentes en averiguar la razón de las cosas y constituir la ciencia de las combinaciones; que durante no escaso tiempo fué costumbre despreciar todo antecedente y tener en poco los trabajos que no fuesen propios, como si las ciencias se formasen de pronto y surgiesen de una vez, según cuenta la fábula que salió Minerva de la cabeza de Júpiter. Y aun fuera bueno que para calificar así el trabajo de muchos hombres, sin duda los más ilustrados de su tiempo, se analizase el significado de sus procedimientos, al alcance de sus doctrinas, y la trascendencia de aquellos sistemas metafísicos, casi siempre, con no poco carácter místico; pero en los que hay de continuo un fondo experimental resistente á toda crítica, que, modificado, subsiste todavía y es base de los métodos actuales y de no pocos tratamientos que la industria emplea en sus operaciones, sobre todo en las que tienen por objeto aislar un metal, valiéndose del fuego.

Es error de monta suponer que la piedra filosofal, base de la obtención del oro, trasmutando, unas en otras, las sustancias consideradas metales, representa cosa distinta de la unidad de la materia, que se pensaba realizar, por

medio experimental, desdoblando y descomponiendo sustancias tenidas, al presente, por elementales y límite de todo trabajo analítico. Cuando herméticos y filósofos se dieron, con no igualado ardor, á buscar la materia primera, base y fundamento de todos los cuerpos, es cierto que perseguían un imposible; pero en su afán de investigarlo todo, hallaron, quizá sin darse cuenta de ello, procedimientos industriales y metalúrgicos, descubrieron cuerpos y supieron utilizar sus propiedades; por todo lo cual es menester reconocer los méritos contraídos, que no porque el águila no alcance á llegar al Sol deben cortársele las alas: ¡quién sabe todo lo que encuentra en las regiones elevadas que su vuelo alcanza! De la propia suerte es preciso buscar el fondo de verdad contenida en los sueños alquimistas, los hechos reales y positivos envueltos en sus quiméricas hipótesis, recorridos de continuo por la alegoría y el símbolo, los procedimientos científicos, apenas enunciados y la significación de aquella unidad de la materia, primera y fundamental idea de la alquimia, que, modificada con el tiempo, constituye acaso la luz moderna de la constancia de la masa en que se apoya nuestro actual sistema de conocimientos químicos. No intento, por ahora, empresa de tanta consideración y sólo trato de resumir, en cortas frases, el significado y alcance de la célebre piedra filosofal, para cuyo hallazgo diéronse recetas á millares y aun cuentan que hubo alguno que, por gozar su posesión, sintióse capaz de dar el alma al diablo y el cuerpo al infierno. Abrigo la esperanza de que así podrá, al menos, apreciarse el valor de un trabajo colectivo nada despreciable y el mérito de quienes, perseguidos y maltratados, tenidos por brujos, quemados por hechiceros y casi expulsados de la sociedad, sostuvieron y engrandecieron la tradición científica, legado de edades remotas, y verse cómo en las ciencias naturales nada es despreciable y el dato más insignificante y en apariencia más desprovisto de fundamento, tiene valor nada escaso. En la naturaleza pasa desapercibida la obra individual del diminuto foraminífero y sólo al cabo de siglos, acumulada la labor de millares de generaciones, las rocas formadas atestiguan el esfuerzo inmenso de aquellos seres y la importancia de su trabajo.

Desde dos puntos de vista, ambos muy dignos de tenerse en cuenta, es menester considerar lo que fué base y fundamento de la alquimia. El primero refiérese á los métodos establecidos y procedimientos recomendados y puestos en práctica para reducir todos los cuerpos á la deseada piedra filosofal, en lo que hállanse los elementales tratamientos metalúrgicos, no pocas veces completos hasta aislar los metales puros. El segundo comprende la teoría más sublime de los alquimistas, aquella idea de la unidad de la materia, no desprovista, en verdad, de fundamento lógico, absurda tan sólo en la manera peregrina de realizarla por caminos puramente experimentales, como si no encerrase un concepto filosófico, trascendental en grado sumo, y fuera mero término de investigaciones llevadas al último límite. De esta consideración se infiere el doble valor de la vida que trato de exponer, valor que retrata la misma índole de la alquimia, en cuanto participa del carácter metafísico, que en ella adviértese siendo móvil é ideal supremo de las investigaciones, y del sentido experimental, considerado medio único y eficazísimo para realizar los sueños, casi siempre místicos y de la más sutil filosofía, encanto de alquimistas y herméticos y de cuantas gentes, ardiendo en deseos de saber, entregábanse á la magia y artes ocultas, castigadas sin piedad en tiempos que fueron de guerras y conquistas. Y no es sólo la piedra filosofal lo que participa de este doble carácter, de continuo envuelto en los más extraños símbolos; todos los descubrimientos de la alquimia lo tienen de igual suerte y bien marcado por cierto en la mayoría de los casos; porque era difícil sustraer el ánimo á las influencias de un medio impregnado de sentido místico y teológico, prescindir del convencionalismo de los símbolos y dejar de respirar aquella atmósfera saturada de misterio. Como hoy es deber publicar cuanto se investiga y hace, era entonces obligación guardar secreto, instruir sólo á los iniciados y mantener ocultos procedimientos, aparatos y resultados obtenidos. Algo se escribía para conservarlo escondido y si las recetas acerca del tinte de los metales, del hipocrás, y de ciertas operaciones, en que se preparaban diversos compuestos metálicos, como el latón, corrían de boca en boca y se ponían en

práctica, era por la fuerza de la necesidad. Lo verdaderamente sublime, las sutilezas de la ciencia elevada, los métodos para obtener la piedra filosofal, pocos los conocían y á nadie, fuera de sus más allegados adeptos, los revelaban.

Para apreciar, de un sólo golpe de vista, el doble aspecto que antes se dijo, es preciso tener en cuenta una circunstancia esencial. De muy antiguo, pues fué idea corriente entre los griegos, pensaban los alquimistas y creían con verdadera fe en la unidad de la materia, considerada origen de todas las cosas. Al propio tiempo, daban realidad objetiva á sus propiedades, creyéndolas separables de los cuerpos y así cuando éstos, por ejemplo, tornábanse líquidos, con el fuego, permaneciendo la escoria infusible, aseguraban que perdían la cualidad de solidez, representada por la parte no fundida, añadiéndoles el agua especial característica de cada uno de los líquidos. En esto se fundaba la famosa clasificación de los cuatro elementos de Aristóteles, los cuales eran símbolos de propiedades de la materia, sin valor por sí mismas, en cuanto la cualidad era separable del cuerpo que la poseyera, sin que la sustancia de él sufriera alteración alguna. Conforme á semejante idea, se concibe cuál había de ser el fundamento de las metamorfosis: aislados de los cuerpos todos sus caracteres, perdidas las propiedades que los distinguen, quedaba la sustancia primera, la materia primordial, de la que, segregando las propiedades que se quisieran, podían obtenerse cuantos cuerpos vinieran en mientes al alquimista afortunado, ni más ni menos como de un pedazo de cera blanda se hacen figuras variadísimas. No hay para qué decir lo que semejante doctrina tiene hoy de falso y absurdo; pero he de hacer notar que de ordinario sucede en la ciencia que buscando, por equivocados caminos, explicación de ciertos fenómenos, si no se halla satisfactoria, realízanse descubrimientos de cierto género, sobremanera útiles é importantes. Recuérdese si no á Volta y Galvani tratando de explicar los primeros efectos de la electricidad dinámica, ambos obcecados, ninguno de los dos con ánimo bastante sereno, interpretando un hecho cada vez de distinta manera y realizando, no obstante, descubrimientos maravillosos, por los cuales modificáronse no pocos conceptos de la ciencia, cada vez más enriquecida con los inventos motivados por los errores de aquellos dos sabios.

Iniciada la idea primordial de la alquimia, bien pronto se ven sus consecuencias principales y necesarias. La mayoría de los cuerpos de la naturaleza, — exceptuándose sólo los metales nativos, — son capaces de perder aquellos caracteres propios, convirtiéndose en otros distintos, dotados de diversas cualidades, representantes de sustancia más pura. A su vez los nuevos cuerpos, restando de ellos propiedades que el fuego aísla, ó dotándolos de apariencias que el mismo agente puede dar, transfórmanse de la misma suerte y resultan elementos que se aproximan más todavía á la materia pura, sin estar alterada por ningún carácter separable. Figúrese el lector cuál sería el placer de aquellos buenos alquimistas, cuando, después de tostado un mineral y luego de tratado por carbón, á alta temperatura, obtenían metal puro y fundido, separándose la escoria, y el gozo de los que, mezclando el cinabrio con cal viva y sometida la mezcla al fuego, obtenían un gas pesado, que en el agua tornábase en líquido metálico, movable, que no mojaba los dedos y en el cual flotaba el hierro; ó la sorpresa del primero que vió arder el zinc, transformándose en aquel sutil polvo blanco; al que, por su escaso peso, hubieron de nombrar *nihil album*. En vista de los productos de metamorfosis y en presencia del hecho de la obtención de los metales, de algunos óxidos y de buen número de sales, se impuso la necesidad de clasificarlos y sobre todo los primeros, llamáronse nobles ó puros los inalterables, muy próximos de la materia primitiva, y los otros, convertibles en óxidos ó sales, creyéronse compuestos de un elemento impuro ó escoria y de materia de superior categoría. Tratábase ahora de dos operaciones importantes: convertir los cuerpos de calidad inferior en sustancias puras, reducir éstas á una, quitarle á ella después sus cualidades, tenidas por cosa separable é independiente de los cuerpos, y se ha dado con la



LA OCASIÓN HACE AL LADRÓN, grupo en barro cocido

nunca bastante como se debe alabada piedra filosofal.

Ha de pensarse en el número de operaciones prácticas para llevar á buen término tamaña empresa; la acción múltiple de los diversos agentes, cuyo modo de actuar ignorábase completamente, y sus resultados; los cuerpos obtenidos y considerados elementales, sólo porque el fuego no los alteraba; las aleaciones metálicas, confundidas con alguno de los cuerpos que las constituyen y, en fin, todo el conjunto de métodos, procedimientos y recetas, mucho de lo cual hoy se utiliza, porque ha constituido el comienzo de la industria metalúrgica; hoy tan adelantada y completa. Todo ello tenía un objeto: cambiar los metales imperfectos, — que eran la mayoría aleaciones, — en metales perfectos, que se hallaban constituidos en la naturaleza, porque los primeros poseían ciertas cualidades de los últimos; por cuya razón, añadiendo al oro ó á la plata uno de estos metales imperfectos, que ó perdiese sus propiedades ó se asimilase los caracteres del metal perfecto y noble, se había duplicado ó triplicado la cantidad de oro. Persiguiendo la consecución de esta idea, descubriéronse muchas aleaciones, hubo quien consideró tales el oro y la plata, nació el arte de imitación de las piedras preciosas, usáronse los esmaltes y vemos surgir la industria de los metales potente y grande.

Casi todos los métodos para llegar á la codiciada piedra filosofal reconocían el mismo fundamento, adivinado entre los misterios y símbolos de los alquimistas de todos los tiempos y en especial de las escuelas griegas. Admitida la unidad de la primera materia, cuando se quería obtener el oro era preciso valerse de cuerpos análogos, cuyas diferencias residan en alguna cualidad que ha de eliminarse, á fin de obtener el por tantos títulos famoso mercurio de los filósofos. También puede extraerse del mercurio ordinario, mediante la serie de operaciones que voy á describir, tomándolas de la última obra de Berthelot. Es menester, en primer término, quitar al mercurio ordinario su liquidez, una especie de agua, causa de que sea

fluido y movable en alto grado, obstáculo de monta para llegar á la perfección. Ha de perder luego su cualidad de volatilizarse, convirtiéndose en sustancia fija, á cuyo fin se le despoja del aire ó materia volátil que encierra, y después debe perder el elemento terrestre, la escoria impura y grosera, que se opone á la metamorfosis. Geber, que ha sido uno de los alquimistas de más fama y nombradía, asegura que se llega al mismo resultado trabajando con otros metales si se logra hacerles perder sus caracteres, al plomo la cualidad de fundirse, al estaño su grito, que tanto dió que hacer á los químicos de nuestros tiempos. «De esta suerte preparada la materia primera de todos los metales, escribe el insigne autor de *Los orígenes de la alquimia*, sólo restaba teñir el mercurio de los filósofos con azufre ó arsénico, palabras en las que confundíanse todos los sulfuros metálicos, diversos cuerpos inflamables congéneres y materias quiescenciadas que de ellos se pretendía haber extraído. En este sentido, creyóse, en la época de los árabes, que los metales estaban compuestos de azufre y mercurio; decíase que las tinturas de oro y plata tenían, en el fondo, composición idéntica y constituían la piedra filosofal.» Por el estilo son las demás fórmulas para obtenerla, reducidas, al cabo, á aquella primordial idea por la que se consideraban las cualidades de los cuerpos con valor y representación propia, capaces de aislarse de la materia, tenida por idéntica á sí misma y sólo variable en virtud de caracteres á ella superpuestos.

Al pretender realizar los alquimistas esta especie de divorcio entre la sustancia de los cuerpos y sus propiedades especiales, cuando soñaban con la síntesis de los cuerpos reputados de simples, aún en el día, fundaban, acaso sin darse cuenta de ello, un método experimental. Importa poco el camino elegido y nada vale que las ilusiones metafísicas fueran el móvil de sus experimentos, porque tenían aquellas dos cualidades requeridas para constituir un sistema científico: amor profundo á la verdad, que inquirían agotando los recursos de su ingenio y de sus procedimientos, temeridad y constancia en el estudio, en lo cual nadie les iba en zaga. Cierto es que mezclaban á la ciencia positiva no poco de aquellas sutilezas y

argucias escolásticas; pero no ha de negarse que, esclavos de una doctrina, decididos partidarios de la unidad de la materia, que la filosofía pretendía haber demostrado, querían realizarla por vía experimental y viendo la eficacia de los procedimientos, la aplicación positiva de muchas sustancias, el desdoblamiento de otras y el resultado, en fin, de las operaciones practicadas, nada tienen de extrañas ni quiméricas sus hipótesis, cuando las veían resistir las pruebas más decisivas, las controversias más encarnizadas y los ataques lanzados por quienes tenían costumbre de aguzar el ingenio en las disputas escolásticas, acerca de puntos sutilísimos de la filosofía y dogma.

Por mucho tiempo dominó en la Química moderna un criterio derivado de leyes, en apariencia muy preciosas, y aun hay todavía quien es partidario de semejante doctrina. Refiérome á las últimas consecuencias de las hipótesis de Prout, por las cuales todos los cuerpos calificados de elementales ó simples, reduciríanse á uno solo que debía ser el hidrógeno, por donde se venía á parar en que la materia una, susceptible de innumerables metamorfosis, que se ofrece á nuestros propios ojos con apariencias infinitas, sería el más sutil y ligero de los gases. Enunciada esta doctrina, se ve que representa algo parecido á la piedra filosofal de los alquimistas, diferenciándose de ella en la mayor solidez de sus fundamentos, pero ambas significan, cuando menos, la idea primordial de la unidad de la materia. Las dos hipótesis fueron causa de adelantos inmensos y de aplicaciones sobremanera importantes, lo cual demuestra cómo toda idea científica es siempre fecunda y, aunque lleve en sí en cuanto doctrina, un error grave, tiene el mérito de explicar, en períodos determinados, los hechos de la ciencia, constituye algo parecido á un ideal, con ardor perseguido y nunca alcanzado, y es acicate del espíritu, que le obliga á trabajar en el conocimiento del mundo que le rodea.

J. RODRÍGUEZ MOURELO

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN